



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

CUBA, LIBERACIÓN NACIONAL Y JUSTICIA SOCIAL

Fernando Martínez Heredia

Agradezco a la Cancillería de la República Argentina la presencia de Cuba en este Foro Latinoamericano por la Identidad y la Integración, que coordina la Dra. Marta Nesta Taccetti, y las palabras tan fraternales de bienvenida del Excmo. Sr. Embajador Ojea. Doy gracias al mismo tiempo a la gentileza del Embajador de Cuba, nuestro compañero Aramis Fuente Hernández, y a todos los presentes, por esta posibilidad de hablarles a ustedes.

América Latina y el Caribe constituye sin duda una región muy específica del mundo; su historia lo muestra y su presente está afirmándolo cada vez más. Dentro ella, cada pueblo constituido tiene sus singularidades y rasgos particulares, y así sucede también con Cuba. Ante todo, es un país que desde hace cincuenta años ha estado viviendo un proceso revolucionario, consistente en gigantescos cambios espirituales y materiales de las personas, las relaciones y las instituciones de la sociedad, en la existencia y persistencia de un poder político popular muy fuerte, de proyectos nacionales y esperanzas populares muy ambiciosos, de trabajos y combates incesantes por la justicia y la libertad, y de resistencia a fuerzas que parecen todopoderosas. Un país que resulta insólito, y es a la vez muy familiar.

Relaciono algunas otras particularidades. En Cuba se formó uno de los que el brasileño Darcy Ribeiro llamó pueblos nuevos, a partir de la existencia compartida, la deculturación y procesos tendientes a la fusión de matrices étnicas africanas y europeas, con algunos aportes autóctonos y asiáticos. Nuevos, en palabras de Ribeiro, “porque componen entidades étnicas distintas de sus matrices constitutivas, y representan en alguna medida anticipaciones de lo que probablemente habrán de ser los grupos humanos en un futuro remoto.”¹ En otro plano, Cuba ha sido muy impactada por la economía capitalista de Occidente durante toda la larga época de su expansión americana. Cuba se formó y evolucionó en íntima relación con los intereses, los dinamismos, las encrucijadas y las guerras de aquel proceso expansionista, y ha sido profundamente influida por esa cultura occidental. Este año se cumplen quinientos de que comenzó en Cuba la historia que se registra en escrituras y en la que se llega a vivir en ciudades. Como en tantos lugares del planeta, ese inicio no fue un acto de voluntad de los que residían allí, sino una invasión colonizadora europea. Entonces, en el principio de nuestra historia fue el colonialismo. El tremendo conflicto que comenzó de esa manera no ha terminado todavía.

Desde el inicio de la colonización europea, la isla de Cuba tuvo vínculos con su cercana vecina, la otra América. Tejió lazos económicos importantes con las Trece Colonias, las apoyó en su rebelión contra Inglaterra y profundizó sus relaciones con el nuevo país, los Estados Unidos. La nueva potencia estimó conveniente que siguiéramos siendo colonia de España durante todo el siglo XIX, esperando tener fuerzas suficientes para apoderarse de Cuba. En 1898 invadió al país para frustrar su victoria revolucionaria sobre el colonialismo español, y estrenó el neocolonialismo

¹ Darcy Ribeiro: “Configuraciones histórico-culturales de los pueblos americanos”, en *Pensamiento Crítico* núm. 51, La Habana, abril de 1971, p. 32.



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

en el mundo con nosotros. Durante sesenta años, Estados Unidos sometió al país a relaciones de explotación y dominación, y le cerró el paso a sus proyectos nacionales. Desde 1959 el imperialismo norteamericano se convirtió en enemigo de Cuba, por habernos liberado del yugo neocolonial y del dominio de una minoría de cubanos que era cómplice de ellos, explotadora de la mayoría y en última instancia antinacional. Lo esencial de esa actitud de Estados Unidos no se ha modificado nunca, hasta el día de hoy.

Los nexos de Cuba con nuestro continente fueron muy fuertes desde el siglo XVI, y tan emblemáticos que la metrópoli hispana llamaba a la isla “antemural de las Indias y llave del Nuevo Mundo”, referencias directas a las funciones militares y de comunicaciones que fueron centrales para esta isla durante la primera mitad de sus quinientos años de historia. Se había formado una colonia de población de más de doscientos mil habitantes, con predominio cultural criollo hispano. En el siglo y medio siguiente –entre 1780 y 1930--, la economía de Cuba se relacionó en grado decisivo con los centros del capitalismo mundial, a partir de la gran exportación de azúcar de caña, siempre creciente; aumentar el monto exportado es un recurso usual en los países dependientes. Esto condicionó la composición de su población, sus modos de producción y su vida social y política. Respecto a las islas del Caribe, Cuba llegó más bien tardíamente a la integración económica íntima con la expansión mundial capitalista. Pero respecto a nuestro continente en su conjunto, pronto se producirían diferencias que llegaron a ser trascendentales.

El formidable dinamismo económico incubado en los treinta años previos y desplegado a partir de la última década del siglo XVIII creó una sociedad que estuvo en la punta de los avances mundiales en la tecnología, la organización empresarial y la productividad del trabajo, con formas urbanas de vida muy modernas y una cultura de élites occidental muy sofisticada. Pero ese impetuoso crecimiento no llevaba necesariamente hacia la construcción de una identidad nacional. La nueva formación económica produjo un salto terrible en los niveles de explotación del trabajo y del dominio de unas personas sobre otras, porque el modo de producción para la gran exportación de azúcar y café al mercado mundial se basó en la introducción de un millón de esclavos africanos en menos de noventa años, y en su utilización despiadada, sólo regida por el afán de lucro y las leyes de la ganancia. Comprar y usar personas, despojarlas de todos los rasgos de su condición humana y su cultura que pudieran perjudicar a su explotación, y estrujarlas en el trabajo hasta la muerte era una pasión de los dueños de los grandes negocios que convirtieron a la isla de Cuba en una de las colonias más ricas del mundo. A pesar de sus logros maravillosos, la entrada de Cuba en la modernidad estuvo fundada en la negación de la libertad, la igualdad y la justicia.

El modo personal y familiar de vida de los ricos del país –y la exhibición de su alta jerarquía social- dependió en gran medida de ser servidos por miles de criados, hombres y mujeres esclavos. Otro gran número fue empleado en satisfacer buena parte de las necesidades de bienes y servicios que crecían y se diversificaban. Cierta número de esclavos adquirían habilidades especiales, y hasta oficios; burgueses emprendedores los alquilaban para trabajar en tareas muy diversas. Como vía de legitimar la dominación en aquel complejo tipo de sociedad se impuso la exigencia de considerar seres inferiores por nacimiento y de por vida a los africanos y sus descendientes. Este racismo moderno del siglo XIX fue inducido por todos los medios y legalizado hasta dividir la sociedad en castas, extendió sus efectos de un modo u otro a toda la población no blanca de Cuba y fue aceptado por la mayoría de los que resultaban blancos. Se creó así una



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

situación que tendió a la permanencia e intentó convertirse en uno de los rasgos distintivos de la cultura de Cuba.

La gran revolución haitiana marcó el verdadero inicio, en 1791, de la independencia de nuestro continente, y fue un formidable triunfo de la libertad y la justicia social que culminó en la creación del primer Estado soberano de la región, en 1804, con una Constitución muy avanzada. “La hora de nuestra felicidad ha llegado”, escribió en La Habana el mayor líder de la clase criolla dominante en la economía isleña, al desaparecer la colonia francesa de Sainte Domingue como gran competidor frente al azúcar de Cuba. Poco después, cuando desde México hasta el extremo sur de América se combatía por la independencia, los ricos exportadores criollos compartían el dominio en la isla con las autoridades de España, y mantenían su influencia y cuotas de poder en la metrópoli, durante la larga etapa de crisis que esta vivió en el primer tercio del siglo. Los dueños de Cuba optaron por la monarquía española mientras los patriotas peleaban, triunfaban y creaban Estados independientes en América, y obtuvieron demandas análogas a las de los programas independentistas de sectores poseedores de la América española. Después de Ayacucho, el colonialismo español exhibía un nuevo lema: “la siempre fiel isla de Cuba”.

Pero las ideas, la epopeya de la independencia y las nuevas repúblicas americanas influyeron a numerosas personas en la isla. Haití trajo esperanzas de libertad a esclavos y personas “de color libres”, y propició conspiraciones y actos de rebeldía. Criollos con sentimientos patrióticos también conspiraron contra España, o dejaron legados de ideas y expresiones a favor de la existencia de una nación cubana.

Durante todo el siglo XIX, la gran mayoría de los empresarios y propietarios de la isla renunció a promover la independencia y constituir una clase nacional, a pesar de que España los sometió a su arbitrio y les impuso grandes exacciones. Su conducta ante los asuntos públicos se rigió por sus intereses económicos inmediatos y por acuerdos o subordinaciones que les garantizaran sus negocios, propiedades, dominio sobre personas y preeminencia social, y sus representaciones del orden y las jerarquías. En la segunda mitad del siglo consolidaron sus fábricas y su monoexportación, pero a costa de ceder la agregación de valor y producir sólo azúcar crudo, hacer que el país dependiera de la importación de alimentos, otros consumos y equipos, y atarse a un solo mercado principal, los Estados Unidos, que comenzó a neocolonizarlos, aunque Cuba seguía siendo colonia de España.

Una paulatina acumulación cultural de siglos había ido sedimentando en la isla los rasgos propios que van construyendo una comunidad específica, y que pueden llegar a plasmar una identidad nacional. Pero Cuba no estaba destinada a ser lo que fue, su historia posterior podía haber seguido un curso diferente al que tuvo; la historia de todo el mundo que fue colonizado y neocolonizado nos ofrece numerosos ejemplos de malos finales. La clase dominante criolla resultó opuesta, por su naturaleza, a aquella plasmación de una identidad cubana. Promovió la división de la sociedad en castas, fue incapaz de ser parte decisiva o participar en la creación de una nación cubana, y llegó a ser antinacional cada vez que lo estimó necesario. Pero en aquel país de tan complejas relaciones sociales y de opresión colonial, ninguno de los demás grupos sociales caracterizados parecía poseer una conciencia unificante de lo específico cubano, capaz de identificar las contradicciones y los conflictos principales, ni ser apto para crear formas organizativas o de conducción que le permitieran proyectar y lanzarse a la acción contra el sistema, y atraer a los demás oprimidos a la lucha.



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

Tampoco era un destino inexorable que se constituyera una cultura nacional cubana. No existió una cultura cubana a lo largo del siglo XIX; coexistieron culturas que se relacionaban cada vez más, aunque con contradicciones que en algunos casos eran realmente graves. En un país colonial y con su economía subordinada al exterior, esa situación pudo haberse hecho permanente y registrar sólo lentas evoluciones y reajustes.

Aquella complejidad social y de culturas sólo pudo ser sobredeterminada por el ciclo de revoluciones radicales que transformó al país entre 1868 y 1898. Ellas derrotaron a las ideas dominantes, que eran de evolución o conservación, acabaron con el régimen de castas, le dieron un sentido de libertad conquistada al final de la esclavitud, retaron, desquiciaron y lograron abatir el dominio colonial, y trasladaron el centro de la individualización de las personas de las actividades económicas a la creación y las prácticas de una república democrática, con ciudadanos formalmente iguales en derechos y deberes. Así se fue formando una nueva identidad, que no procedía directamente de ninguna de las etnias, razas, clases sociales o culturas caracterizadas del país, a partir de las acciones revolucionarias, de las demandas de libertad personal y política, de autodeterminación del pueblo de Cuba, de república soberana democrática y de justicia social, y de las representaciones y el aparato simbólico que la propia revolución iba generando. El ser cubano y la nación cubana se convirtieron en realidades mediante la actuación y la conciencia políticas, que se ejercieron eficazmente sobre la comunidad en formación y sobre los reclamos, los anhelos y las esperanzas de sus componentes.

Sacudir el yugo colonial exigió audacias, creaciones, abnegación, los mayores sacrificios y tareas ciclópeas, pero reunir a los elementos que componían la sociedad de la isla susceptibles de participar en la revolución, superar sus contradicciones y aversiones mutuas y hacer viable esa unificación implicó otro esfuerzo por lo menos tan difícil como aquel. Los impactos de la revolución se interiorizaron a través de un proceso prolongado y muy difícil. En octubre de 1868, la bandera que portaban los insurgentes era como la chilena, con los colores cambiados de lugar. Seis meses después votaron su primera Constitución, se organizaron en una República en Armas y escogieron como bandera la tricolor con un triángulo rojo y una estrella, bordada por primera vez en Nueva Orleans diecinueve años antes para una expedición antiespañola, pero más bien filibustera. El padre de la patria, Carlos Manuel de Céspedes, proclamó la libertad de sus esclavos y era profundamente abolicionista, pero la Cámara de Representantes insurrecta legisló en 1869 para mantener a los esclavos libertos sujetos a prestaciones serviles. Fue la fragua tremenda de la revolución la que transformó íntimamente a las personas y a sus relaciones, y creó los símbolos y la emoción nacionales que tienen tanta vigencia hasta hoy.

En la constitución de la identidad nacional y el Estado propio no hubo nada comparable al prestigio que adquirieron las prácticas de violencia revolucionaria como el vehículo idóneo para alcanzar la libertad, la justicia social, la nación y la soberanía. La guerra revolucionaria educó a unos y reeducó a otros, instituyó personas nuevas que adquirieron gran seguridad en sí mismas, recias convicciones y nuevas capacidades, y proveyó a los cubanos y cubanas de vivencias y experiencias colectivas que los soldaron en una nueva entidad que no hubieran logrado en muchas décadas de transcurso pacífico. La Revolución del 95 (1895-1898) fue el evento principal y de mayor trascendencia de aquella época. Ella produjo una movilización masiva subversiva y sostuvo una guerra revolucionaria muy organizada, con un gigantesco aparato militar, de gobierno y de amplísima base popular, fue unificadora de las ideas, los sentimientos y el territorio, e hizo



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

retroceder al racismo dentro de sus filas y a escala nacional. Se enfrentó al mayor ejército que ha pasado de Europa a América en todos los tiempos, a los grandes recursos y otros factores favorables al poder colonial, al genocidio de 1896-1897 -que produjo un holocausto comparable al que sufrió Paraguay-, y finalmente derrotó a España.

Una de las características principales que advierte el que aborda la cultura cubana es la enorme carga de acumulaciones políticas que contienen sus expresiones culturales populares, un rasgo que no en todas las sociedades aparece. Y es porque en la formación de Cuba y del cubano tuvieron papeles centrales el radicalismo y los combates masivos, a muerte y prolongados por la libertad, la justicia y la soberanía nacional y popular. Ellos son los protagonistas de la cultura política cubana, y le dan su impronta al patriotismo nacionalista, exigen la unión entre la justicia social y la libertad, alimentan una enorme vocación republicana democrática, le cerraron el paso a la anexión a Estados Unidos, y están en la base de las ideas contemporáneas de unidad política, antiimperialismo, socialismo e internacionalismo.

El cincuentenario del triunfo de 1959 ha renovado el interés en conocer mejor el proceso revolucionario cubano, que conmovió desde su inicio a nuestro continente y ha sostenido relaciones extraordinarias con él durante toda esta época, nexos que nos han influido mutuamente a un grado muy notable. El proceso cubano tiene una presencia creciente y un gran prestigio político y moral en la América Latina y el Caribe actuales. He querido contribuir modestamente a esa búsqueda de conocimientos con un tema histórico crucial, el de la formación de la nación cubana, que a mi juicio es al mismo tiempo muy importante para comprender mejor las capacidades que muestra hoy su sociedad, de resistencia, de vitalidad política y crítica de sus propias realidades, de sentir y actuar a partir de un proyecto que trasciende a las vidas, los intereses y las ideas de cada uno, un proyecto socialista de justicia y libertad, que sabe que debe ser a la vez patriótico e internacionalista. Porque lo que en José Martí era profecía –patria es humanidad--, hoy en nuestro continente es una cuestión urgente a la orden del día.

Dedicaré la segunda parte de mi intervención a algunos comentarios acerca de cuestiones cubanas y latinoamericanas actuales.

Una percepción muy superficial pero muy repetida de Cuba actual es que ella es un inexplicable sobreviviente de la desaparición del socialismo del siglo XX. Esa percepción responde al carácter del pensamiento controlado por el imperialismo, un tipo de colonización mental que impone sus juicios y sus reglas. En este caso, la de que todo evento importante en el mundo entre 1946 y 1989 tuvo su causa y su explicación en la llamada “guerra fría”. Si el capitalismo la ganó, entonces Cuba socialista no es más que una anomalía. Parece una simpleza, pero esa idea está en el fondo de un océano de informaciones, comentarios, análisis “serios”, cuerpos de pensamiento y hasta gestiones de gobiernos. Ellos insisten, o esperan que Cuba al fin se “normalice”, es decir, que vuelva al capitalismo.

América Latina actual acude en ayuda del pensamiento independiente y crítico, cuando decenas de millones de personas y varios gobiernos comprenden que el cuadro tan terrible al que llegó el continente en la última parte del siglo pasado es consecuencia de siglos de colonialismo, del neocolonialismo y del cierre más reciente de las alternativas de desarrollo de nuestra región, causada por la naturaleza centralizadora, parasitaria, excluyente y depredadora del medio que tiene ese sistema. Se hace posible pensar que sólo a través de cambios muy profundos se podrán enfrentar con éxito los tremendos desafíos actuales, concientizar y movilizar a los pueblos y los



Ministerio de
**Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto**
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

países para que tomen posesión de sí mismos, y crear nuevos sentidos y contenidos de la vida, la convivencia, el bienestar, la cosa pública y las relaciones con la naturaleza, mediante procesos de liberación de todas las dominaciones. A juicio de muchos, ese movimiento histórico producirá nuevas sociedades socialistas. América Latina está rescatando al socialismo del pasado, convirtiéndolo en cuestión central del presente, y sobre todo en prefiguraciones y proyectos del futuro.

Cuando en esta región se reconstruyen las nociones de justicia, libertad y distribución de la riqueza para todos, y avanzan experiencias que procuran ponerlas en práctica, de paso se le está explicando también al mundo el verdadero lugar de Cuba en el tiempo, y la trascendencia de su revolución socialista de liberación nacional. Después de un viaje tan largo y tan complejo de medio siglo, la América Latina ve hoy con naturalidad a Cuba como un ejemplo extraordinario de lo que puede lograr, mantener y proponerse un pueblo si se pone en marcha frente a todos los factores en contra y frente a la propia idea de que algo es imposible, si va construyendo su poder y sus cualidades en el curso del proceso mismo. Cuba es tenida hoy como parte de la imprescindible resignificación del socialismo.

Al mismo tiempo, Cuba es un factor muy activo y de peso en la América Latina actual. Ante todo, por su modo de ser. Un país pequeño de la región, con muy serias limitaciones y desventajas económicas, que sin embargo es totalmente soberano, domina sus recursos naturales y protege el medio, estableció y ha convertido en costumbre el predominio de la justicia social y una profunda redistribución de la riqueza que favorece a las mayorías, expresados desde la universalidad y gratuidad de salud y educación hasta la legislación vigente, con una envidiable seguridad pública y notables logros en la pacificación de la vida cotidiana, seguridad social real para la niñez, los ancianos y otros desvalidos o personas y grupos en riesgo, disminución de los prejuicios contra las diversidades de los seres humanos, y otros éxitos. Cuba mantiene una política interna e internacional que se rige por sus propios criterios, su ordenamiento constitucional y legal y su sistema político. Desde esa naturaleza suya, se relaciona con los demás países del continente, mediante una política que es mucho mayor y más activa que lo que cabría esperar de las dimensiones del país, unas relaciones estatales y con la población de cada país, a todos los niveles y con la mayor profundidad que resulte posible en cada caso.

Hoy la región vive una situación contradictoria, entre las carencias en cuanto a calidad de la vida en que vive una gran parte de la población y el auge de la conciencia que tiene acerca de sus derechos, con sus consecuentes expectativas y reclamos. Cuba desarrolla una excepcional política de solidaridad y colaboración, sobre todo en los campos de la salud y la educación, que ayuda a salvar o mejorar la vida de millones de personas, y coopera en la formación de individuos e instituciones capaces de desarrollar políticas sociales de beneficio popular en sus propios países. Al ejercer u ofrecer su solidaridad, Cuba no hace diferencias ni condicionamientos a partir de las características y las posiciones del sistema que rige en cada país de la región. Esa actividad suya constituye un ejemplo palpable de las abismales diferencias que existen entre la conducta de los países ricos del capitalismo y un país con un poder popular, y contribuye al prestigio de la opción socialista.

La relación con Venezuela es la mayor y más importante que tiene Cuba en la actualidad, y ella crece y se consolida cada vez más. Nació del vínculo político con el movimiento de la revolución bolivariana y su líder Hugo Chávez Frías, y se fortalece con los avances de ese proceso hermano.



Ministerio de
**Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto**
Presidencia de la Nación

**Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359**



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

Este salto formidable en sólo una década pudo ser posible porque ambos países poseen el ejercicio irrestricto de su soberanía –requisito indispensable para gozar de independencia, dominar los recursos propios y formular proyectos autónomos– y por la voluntad política que ha regido las relaciones. La colaboración cubana en misiones de salud y la venezolana en el ramo de combustibles son consecuencias de esos rasgos y ese tipo de vínculos. Venezuela es, con mucho, el primer socio comercial y de inversiones para Cuba, y la relación contribuye mucho a impulsar nuestros proyectos de desarrollo. La colaboración cubana ha sido decisiva en el rápido despliegue de una política social que cambia la vida de la mayoría de la población venezolana, y en la preparación para que el país asuma esas tareas con personal propio. Pero la apuesta es muy superior. Unidos, Cuba y Venezuela multiplican tanto sus fuerzas en la creación de nuevas sociedades, como sus posibilidades frente al capitalismo y la agresividad imperialista. Dan pruebas prácticas de que es posible en América una integración de iguales provechosa para todos, y relanzan al socialismo como la vía factible para los pueblos y los Estados del continente, y como el horizonte de sociedades más libres y más justas.

Como parte importante de las transformaciones muy profundas de Cuba en los últimos veinte años, ha aumentado radicalmente la parte de sus relaciones económicas con nuestra región. Tomando como ejemplo al comercio, pasó de un monto ínfimo en el total cubano en 1989 a casi la mitad del total en la actualidad. Pero lo más trascendente es la ampliación y el fortalecimiento incesantes de las relaciones con los pueblos y los Estados latinoamericanos, y la participación de Cuba en las nuevas concertaciones institucionalizadas regionales que excluyen a Estados Unidos y Canadá. Sus hitos principales son el ingreso al Grupo de Río y la reciente reunión de Cancún, en la que se acordó crear una Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños en julio de 2011.² Al calor de la relación entre Cuba y Venezuela nació la Alternativa Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), en la actualidad con ocho países miembros, que es a mi juicio la propuesta de integración más promisoría de nuestro continente. Todos los esfuerzos e instituciones integracionistas actuales de la región contribuyen, en sus formas y medidas diversas, a formar y fortalecer un espacio regional en el que ya pueden coincidir muchos Estados que tienen realidades y motivaciones diferentes, relacionarse y actuar en formas coordinadas. Confío en que esa tendencia llegará a desempeñar tareas y funciones decisivas para el futuro de Nuestra América.

El prestigio de Cuba es una fuerza actuante en América, a favor de la conciencia, la actuación y la esperanza. Ese prestigio es también un instrumento importante para los encuentros de los disímiles en torno a las necesidades de coordinación de propósitos y formación y cohesión de frentes de países de la región. Los visitantes e interlocutores más diversos políticamente celebran a una Cuba que es al mismo tiempo revolucionaria y respetable. En la coyuntura actual, Cuba sigue siendo ante todo un centro moral, pero es a la vez un polo atractivo. El antiguo Diablo se sienta a la mesa con todos, siempre proclamando su carácter revolucionario, y a la vez sugiere a todos que defendamos nuestras identidades y nuestros intereses nacionales más allá de lo que ha parecido posible.

² Dice la Declaración de Cancún: “...una instancia de concertación política fortalecida que afiance su posición internacional y se traduzca en acciones rápidas y eficaces que promuevan los intereses latinoamericanos y caribeños frente a los nuevos temas de la agenda internacional”.



Ministerio de
**Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto**
Presidencia de la Nación

**Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359**



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

Dedico la última parte de mi intervención a compartir con ustedes algunos temas cubanos. Destaco primero la vigencia actual de dos descubrimientos que la Revolución hizo a partir de sus prácticas. En las situaciones llamadas de subdesarrollo --que padecen la mayoría de los países del mundo--, el régimen de transición socialista está obligado a ir mucho más allá de lo que su estructura económica supuestamente le permitiría, y la nueva sociedad nunca vendrá como el resultado de una evolución progresiva que ya no cabría en el capitalismo, al que sería posible “superar” con sólo expropiar sus medios de producción. En el centro del trabajo revolucionario debe estar un arduo proceso de creación de una nueva cultura, lo que implicará una nueva concepción de la vida y del mundo, al mismo tiempo que la revolución se enfrenta a la solución de problemas urgentes e ineludibles, y a la satisfacción de las necesidades básicas de las mayorías. Insisto en el carácter simultáneo, no sucesivo, de esas tareas, que en realidad sólo pueden cumplirse a fondo si se complementan entre sí.

El socialismo factible no depende, por consiguiente, de un desarrollo económico que sería la causa del desarrollo social esperado: depende de un cambio radical de perspectiva por parte de los que actúan, y de que sometan a su propio proceso a revoluciones sucesivas. Las prácticas y el proyecto de la revolución cubana constituyeron una renovación del socialismo en el mundo --tan polémica que convirtió a Cuba en una herejía para el socialismo ligado a la Unión Soviética--, y una afirmación de la necesidad de que las revoluciones de liberación nacional asuman al mismo tiempo un carácter anticapitalista, y de que se desarrolle un internacionalismo consecuente. Llamo la atención sobre el aporte inestimable de la América Latina a Cuba en ese último aspecto.

Uno de los logros centrales de la cultura política cubana en estos cincuenta años ha sido la comprensión del sentido capitalista que le es inherente a la modernización a secas, al determinismo económico y a la consiguiente apelación al egoísmo y el afán de lucro como motivaciones. Esto permite, por una parte, combatir lo esencial del capitalismo y denunciar sus disfraces. Por otra, exigir en nuestro propio campo que no se recorte el proyecto ni se le prive de sus verdaderas fuerzas, lo que terminaría haciéndolo recaer bajo el dominio de la cultura que pretendió abatir. En cuanto a la relación entre el desarrollo económico y el socialismo, la tradición y la corriente dominante en el marxismo durante la mayor parte del siglo XX postulaba que el desarrollo debía preceder al socialismo. Fidel y el Che se opusieron a esa idea, a partir de la experiencia cubana y de una concepción marxista diferente de la revolución, que comprendía lo específico del llamado Tercer Mundo y sus consecuencias para los movimientos revolucionarios, la necesidad de un internacionalismo real, antiimperialista y de liberación de los pueblos, y los problemas fundamentales de la creación de sociedades nuevas, liberadas, en el mundo del subdesarrollo.

En la primera mitad de los años noventa, Cuba vivió una profundísima crisis económica, en el marco del final de los regímenes de la URSS y su campo. Contra tantos vaticinios, la revolución sobrevivió, la vida económica del país se reorganizó y se hizo viable, y el proceso continuó. Como consecuencia de la crisis, y también de una parte de las medidas para enfrentarla, se produjeron cambios profundos en la sociedad y serias afectaciones de la manera de vivir desarrollada en los treinta años anteriores. Pero se mantuvieron los rasgos fundamentales de la sociedad y de esa manera de vivir creada por la revolución socialista, y ellos siguen siendo decisivos. A pesar de las erosiones ideológicas y culturales, el socialismo mantiene una vigencia tácita indiscutible, como el fundamento ideal de la vida predominante y del sistema político vigente. Me explico esa realidad a



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

partir de la permanencia de tres saberes populares: a) nunca permitiremos perder la soberanía nacional a manos de los Estados Unidos; b) el regreso del capitalismo resultaría funesto para la mayoría de la población; y c) es imprescindible mantener la unidad del pueblo junto al régimen revolucionario, porque él defiende eficazmente lo primero y evita lo segundo. Esos saberes están en la base de un consenso que se torna activo cada vez que se requiere, y que se expresa sobre todo socialmente, sin darle mucho valor al lenguaje político.

Ilustro la cuestión de los cambios en las relaciones sociales con dos ejemplos relativos al mundo del trabajo. Hoy son mucho más directas las relaciones entre las actividades laborales y la retribución a las personas que las realizan --o el ingreso real que obtienen esas personas-- que lo que eran desde los primeros años sesenta. Aquel carácter indirecto predominante era una de las características principales de nuestro socialismo. El otro es el grado de internacionalización de ese tipo de relaciones sociales --casi inexistente durante más de treinta años--, que hoy es bastante alto.

El mundo de las prácticas cotidianas contiene una gama extraordinaria de hechos, actos, relaciones sociales, motivaciones, expectativas y proyectos en los que conviven, se contradicen, chocan o marchan paralelamente las relaciones y las conductas socialistas con las correspondientes al capitalismo. Todo esto sucede sobre un complejo fondo institucional en el que predomina el poder de la transición socialista, pero combinando disímiles tendencias, eficiencia y burocracia, altruismo e intereses de grupos.

La alternativa cubana no es entre "socialismo estatista o neoliberalismo". Lo que está en juego hoy en Cuba no es la permanencia de un tipo de socialismo, sino del socialismo en general. Su adversario no es el neoliberalismo, sino el capitalismo en general, incluida la posibilidad de variantes capitalistas no neoliberales. Esa disyuntiva no es vivida como un antagonismo, sino en combinaciones o coexistencias prácticas. La pérdida de peso del prestigio y el mérito a manos de la capacidad adquisitiva, la opción de emplear las capacidades del individuo en medios en los que se obtienen divisas y mayor reconocimiento, aumentan la influencia de relaciones sociales y modos de vida favorables a una futura aceptación del capitalismo, pero todo esto sucede en el mismo medio que brinda prácticamente a toda la población un gran número de servicios, seguridad social, respeto real al ciudadano, derechos ciertos y un proyecto nacional de soberanía plena y distribución sistemática de la riqueza, a partir de una organización social basada en la solidaridad y en un poder socialista.

La pugna cultural entre los valores de uno u otro sistema, y de las maneras de vivir y relacionarse correspondientes, constituye hoy una confrontación mucho más profunda y decisiva que las que puedan producirse a nivel ideológico y de los discursos políticos usuales. Soy sólo uno entre tantos que, al mismo tiempo que vivimos y sentimos estos problemas esenciales, reflexionamos acerca de ellos --concientes y decididos, aunque no sin angustias--, hemos elegido trabajar por el mantenimiento y la profundización del socialismo en la sociedad cubana, combatir la emergencia o el arraigo de la cultura del capitalismo, no hacer ninguna concesión al imperialismo y bregar porque se pongan pronto a la orden del día el análisis y el debate de los principales problemas cubanos. Aspiramos a que desde esas prácticas avance un proceso imprescindible de concientización, estrategia y tácticas acertadas, de efectividad práctica, de participación cada vez mayor de las mayorías en las decisiones, y que triunfe el socialismo dentro de la sociedad en transición. Sólo una fracción de esas personas somos intelectuales. La mayoría



Ministerio de
**Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto**
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359



FORO LATINOAMERICANO
POR LA IDENTIDAD
Y LA INTEGRACIÓN

son cubanas y cubanos de las más disímiles ocupaciones y ubicaciones, que sienten con gran intensidad y reflexionan -- alternativa o simultáneamente-- acerca de todo que acabo de afirmar. Esto se debe a que una de las riquezas mayores que posee Cuba --si no la mayor-- es la inmensa cultura política del pueblo cubano, una cualidad muy difícil de hallar en el mundo actual.

La batalla cubana actual en la lucha cultural que se libra entre el socialismo y el capitalismo tiene una importancia trascendental para América Latina y el Caribe. Otra vez se juega en Cuba una parte del destino del continente.

Las grandes revoluciones contraen enormes obligaciones. En los hogares cubanos es cotidiana la referencia al familiar o amigo que está cumpliendo misión de trabajo solidario con algún pueblo latinoamericano, porque son decenas de miles. En las actividades y organizaciones estudiantiles comparten las cubanas y cubanos con más de treinta mil estudiantes no cubanos, que en su gran mayoría son latinoamericanos. En la batalla de las imágenes, que es crucial en el enfrentamiento cultural mundial entre el imperialismo y los pueblos, todos los días vemos a la gente de abajo, a los más humildes del continente, en relación con nuestros internacionalistas, o explicando cómo viven, y cómo ahora se movilizan y tienen esperanzas. Los cubanos estamos pendientes de los eventos y los procesos de cada uno de los países de la región. Ellos no son sólo noticia diaria, generan conciencia de la pertenencia real y primordial de Cuba, de que tenemos que luchar juntos y correr el mismo destino.

A un artículo suyo publicado en *Patria*, con motivo del tercer aniversario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano, José Martí lo subtítulo: "El alma de la revolución y el deber de Cuba en América"³. No me referiré a la lección extraordinaria de teoría para la praxis desde América Latina que nos dejó en esas breves páginas, acerca de las tareas tan sumamente complejas que siempre conllevan las revoluciones. Me limito a citar unas frases suyas: "Hay que prever, y marchar con el mundo (...) Un error en Cuba es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba, se levanta para todos los tiempos (...) la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana."

Por feliz coincidencia, aquel artículo se publicó un 17 de abril. Sesenta y siete años después, en esa misma fecha, la fuerza del pueblo y el poder revolucionario, unidos ya en Cuba, fueron a combatir en Girón la invasión contrarrevolucionaria dirigida por Estados Unidos, y obtuvieron la primera victoria del socialismo en América. Fidel pudo decir, en un aniversario de aquella victoria, en 1974: "Después de Girón, todos los gobiernos de América Latina fueron un poco más libres". Treinta y seis años después podríamos parafrasearlo, diciendo que la victoria del modo de vida socialista en Cuba contribuirá a que todos los pueblos de América Latina den otros pasos más hacia su liberación definitiva.

³ José Martí: *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, t. III, ps. 138-143.



Ministerio de
Relaciones Exteriores,
Comercio Internacional
y Culto
Presidencia de la Nación

Esmeralda 1212, C1007ABR
Buenos Aires, Argentina
Tel: + 54 (11) 4310-8361 / 8359